



XVII

LA CUARTA CAMPAÑA. EL DESASTRE

Desde el mes de agosto de 1813 hasta el 7 de noviembre del mismo año, Morelos dedicó su actividad a trabajos políticos con excepción de rápidos viajes a Oaxaca y a los puntos militares establecidos en las orillas del Mezcala, y de la vigilancia superior de las tareas de aprovisionamiento y formación del material de guerra.

Como el examen de la obra política de Morelos nos ocupará especialmente en otros capítulos, sólo indicaremos ahora algunos sucesos y rasgos de importancia, para no alterar el orden cronológico.

La incapacidad de la Junta de Zitácuaro para formar un sólido centro de acción obligó a Morelos a pensar en la organización definitiva de un gobierno nacional. Aunque había sido nombrado vocal de la mencionada Junta, no llegó a recibir su nombramiento sino hasta después de la toma de Oaxaca. Don Ignacio Rayón formó desde el año de 1812 el primer proyecto de Constitución mexicana y lo envió a Morelos, para que éste lo examinara y expusiera las observaciones que creyera justas.

Morelos encontró en el proyecto de Rayón algunos detalles contrarios a sus ideas, y, aunque conforme con los lineamientos generales, rechazó francamente el propósito de mantener el nombre de Fernando VII, aunque fuera sólo de un modo aparente, en el programa revolucionario. Por lo demás, el mismo Rayón renegó de su proyecto, que no tiene, pues, más que una vaga importancia histórica.

Trató de reunir Morelos a todos los vocales de la Junta, y al efecto señaló fecha para acudir a Chilpancingo como lugar de cita. Rayón acreditó tener pocos deseos de concurrir al emplazamiento, y al fin Morelos se decidió a formar un Congreso.

Como es de suponerse, este cuerpo no se convocó ni se organizó de acuerdo con los sistemas democráticos puros. Morelos usó su autoridad de hecho para la convocatoria a elecciones, para designar diputados suplentes y algunos propietarios, para formar un reglamento, para presidir la sesión inaugural y, finalmente, para señalar a la asamblea el camino de sus trabajos en el discurso que pronunció al reunirse el Congreso y el documento que, con el título de Sentimientos de la nación, hizo leer en su nombre a su secretario Rosáinz.

Era natural que el Congreso confiara a Morelos el cargo de generalísimo y depositario del Poder Ejecutivo, que el héroe aceptó con reticencias y de un modo condicional, al mismo tiempo que rechazó el tratamiento de alteza serenísima, al cual prefirió el de siervo de la nación.

Las condiciones que puso Morelos para aceptar el cargo de generalísimo depositario del Poder Ejecutivo fueron las siguientes:

1^a Que si llegaban a venir tropas auxiliares de otra potencia, no se habían de acercar a la residencia del congreso.

2^a Que por su muerte debía recaer el mando en el militar a quien correspondiera por su graduación, mientras se procedía a una nueva elección.

3^a Que el congreso no le negaría los auxilios que necesitara en dinero y gente, sin que hubiera clases privilegiadas que se excusaran del servicio militar.

4^a Que aunque muriera el generalísimo, se conservarían la unidad del ejército y del pueblo, reconociendo a las autoridades establecidas.

Al tomar posesión de su puesto, Morelos juró "defender a costa de su sangre la religión católica; la pureza de María Santísima; los derechos de la nación americana y desempeñar lo mejor que pudiese el empleo que la nación se había servido conferirle.

La mención que Morelos hace respecto a la posibilidad de la presencia de tropas extranjeras se relaciona seguramente con la idea sugerida por sus informaciones sobre la simpatía de Inglaterra o de los Estados Unidos por la causa de la Independencia, y la posibilidad de alianzas o convenios para la adquisición de armas o cooperación militar.

En las condiciones, restantes, se advierte al mismo tiempo la confianza del caudillo en el triunfo de la revolución a pesar de su propia muerte.

Para dar mayor relieve a la organización del nuevo gobierno se llevaron a cabo ceremonias civiles y religiosas. Las autoridades designadas o confirmadas en sus puestos prestaron juramento de fidelidad y obediencia a la Junta Guberantiva, y en este acto lució Morelos el flamante uniforme de generalísimo que le había regalado su lugarteniente Matamoros. Y en una función solemne en la iglesia de Bellemitas, el canónigo doctor don José San Martín en presencia de Morelos y su oficialidad, pronunció un sermón en honor a la Virgen de Guadalupe. Este mismo clérigo algunos días antes había desempeñado el cargo de comandante en el cuerpo militar integrado por eclesiásticos a las órdenes del obispo Bergosa, y ya sea por convicción o por apremio siguió con los insurgentes en calidad de vicario castrense.

Las escenas de la elección de Morelos, según la impresión que de ellas transmitió Bustamente, no fueron muy solemnes ni tranquilas. Desde el púlpito de la parroquia de Chilpancingo, el doctor Francisco Lorenzo de Velasco pronunció una alocución exhortando a los diputados "a alejar de sí toda pasión, interés y convenio antecedente en un asunto que era de la mayor importancia para la nación, y para el que debían ser elegidos los hombres de más conocida virtud, acendrado patriotismo y vasta literatura". Invocó al Espíritu Santo y a continuación pronunció un discurso que con seguridad llevaba preparado, elogiando calurosamente a Morelos como experto capitán y diciendo que debería ser el generalísimo de las armas, depositario del Poder Ejecutivo y con facultades amplísimas.

Y agrega Bustamante: "Siguiole la oficialidad con gran grita y he aquí un motín en que no tuvo parte el Espíritu Santo; he aquí un desorden criminal y los estragos de un complot. Los pobres vocales que se hallaban allí reunidos, pidieron que se les diese tiempo y libertad para deliberar; mas nego lo la chusma tumultuaria, a cuya cabeza se presentaba con toda desfachatez Velasco. Morelos renunció por forma el cargo que se le ofreció y se retiró a la sacristía a fumar un tabaco, mientras el Congreso votaba el nombramiento de Generalísimo encargado del Poder Ejecutivo, fundándose en peticiones remitidas a varias partes y que el propio Morelos presentó. Tal es la historia, concluye en este paso Bustamante, del malhadado generalísimo, el primero que tuvimos. Desde ese instante se fijó la época de las desgracias y desaciertos del señor Morelos; cayó sobre sus ojos la venda del error. Infeliz, víctima de una trama urdida en abuso de su honrado corazón e inexperiencia del mundo."

Una vez encargado del supremo mando militar y compartiendo el político con el Congreso, comenzó a preparar las operaciones guerreras; no dejó por esto de dictar algunas disposiciones importantes, no sólo de carácter administrativo, sino de interés general y social. Así, mientras el Congreso se ocupaba en detalles de su reglamentación interior y en discusiones sobre el Acta de Independencia, que fue aprobada el 6 de noviembre, a pesar de la oposición de Rayón, y sujetas a las indicaciones de Morelos, éste completaba con nuevos edictos su obra legislativa personal, iniciada desde antes que le fuera conferido el ejercicio del Poder Ejecutivo.

Después de establecer, como se ha indicado, las bases del futuro gobierno, salió de Chilpancingo el 7 de noviembre, para emprender la desgraciada cuarta campaña.

Por estos días, al enterarse de una proclama del Calleja, llena de promesas y halagos para el pueblo de la Nueva España, escribió Morelos, a manera de comentario: "Que entregue el bastón de mando a los criollos y quedaremos en paz."

El plan de operaciones formulado por Calleja, que ya había sido nombrado virrey, puede conocerse esencialmente en el manifiesto publicado por él con fecha 22 de junio de 1814. La principal característica del plan consistía en el abandono de la táctica ofensiva, asumiendo, por tanto, una actitud expectante. Los puntos que Morelos podía elegir para internarse en el territorio enemigo —Puebla, por el camino de Tehuacán; Cuernavaca y Toluca, pasando por el Mezcala y Valladolid—, debían ser guardados por cuerpos de observación, sólo antenidos a vigilar los movimientos del general insurgente, sin distraer su acecho más que por los indispensables servicios de escoltas de convoyes y de aprovisionamiento. Para facilitar la ejecución de sus proyectos, se propuso el virrey atacar con energía los principales grupos de rebeldes separados de Morelos —Osorno, en Zacatlán: los Villagranel, en Huichapan y Zimapán, y Rayón, en Tlalpujahua—, hasta aniquilarlos o reducirlos a la impotencia y poder maniobrar, así, sin obstáculos, dentro de su propio terreno.

La demora de Morelos en Acapulco y Chilpancingo permitió a Calleja organizar nuevas tropas, preparar con cuidado la campaña, reforzar la disciplina y la instrucción y obtener los recursos necesarios para el sostenimiento de su ejército. Así es que sólo esperaba el avance de su enemigo para desarrollar sus planes, contando con resistir en el punto que atacara Morelos, al mismo tiempo que los cuerpos

de observación aprovechaban las entradas libres para invadir la región independiente.

Morelos, por su parte, había resuelto dirigirse sobre Valladolid, donde el virrey no tenía más defensa que la guarnición de 800 hombres, mandada por el comandante Landázuri. Preparó sus movimientos con la reserva de costumbre, y al disponer la concentración de sus tropas, enmascaró su propósito verdadero, enviando hacia Tehuacán a Rocha, y a Matamoros y Bravo hacia el sur, con la orden aparente de hostilizar a los realistas que se hallaban en Tepecoacuilco, bajo el mando de Moreno Daoiz.

Disimuló sus intenciones con maniobras tan hábiles, que por algún tiempo el virrey estuvo indeciso y sin saber a ciencia cierta por donde sería atacado, y cuando al fin pudo cerciorarse del objetivo de Morelos, porque ya los insurgentes marchaban con franqueza hacia Valladolid, apenas tuvo tiempo para auxiliar la ciudad amenazada. Para que las previsiones de Calleja se realizaran y para que sus planes fueran ejecutados con éxito, contribuían, en primer lugar, el tiempo de preparación de que dispuso y después la eficacia con que fue secundado por los cuerpos de observación y el excelente servicio de espionaje.

Los insurgentes fueron concentrando sus efectivos, y después que el grueso del ejército, con Morelos al frente, fingió que pretendía avanzar sobre Puebla, adelantándose hasta Tlacotepec y Tetela, atravesó en balsas el río Mezcala, para tomar su verdadera ruta. Matamoros y Bravo se incorporaron en Cutzamala, y siguiendo por Huétamo, Carácuaro y Tacámbaro, se presentaron frente a Valladolid el 22 de diciembre.

En esta última marcha se obtuvieron algunos nuevos refuerzos, sin que, desgraciadamente, pudieran unirse con Morelos don Ramón y don Rafael Rayón, que fueron derrotados, respectivamente, por Llano e Iturbide, que ya venían con sus tropas en auxilio de Valladolid.

Calleja había ordenado al brigadier Llano que marchara con las tropas de Toluca y otros refuerzos, para reunirse en Acámbaro con las tropas del bajío, mandadas por el coronel Iturbide, y formar, ya unidos, el que debía llamarse ejército del norte.

El día 23 de diciembre pidió Morelos la rendición de la plaza y preparaba el ataque dictando algunas disposiciones, entre las cuales llama la atención, por lo inexplicable, la que ordenó a los asaltantes pintarse de negro la cara y las manos. Mientras tanto, Llano e Iturbide se encontraban aún ignorantes de la precaria situación de Valla-

dolid y se alistaban sin prisa en Indaparapeo para dirigirse a la ciudad amagada, donde esperaban llegar el día 24.

Apresuraron su marcha, por avisos de la angustiada guarnición de Valladolid, y Llano se adelantó con pocos elementos hasta llegar a dos leguas de la ciudad, desde donde el cañón le anunció que el asalto había empezado. No se atrevió a continuar sin que se le reunieran más tropas, y apenas se vio reforzado, marchó en auxilio de la plaza con el batallón de la Corona y muy escasa caballería, al mismo tiempo que Iturbide entraba por otro camino con un centenar de jinetes.

El asalto, iniciado el día 23 por órdenes de Morelos y bajo la dirección inmediata de Matamoros, parecía conducir al éxito definitivo, por el triunfo parcial de Galeana y Bravo, que ocuparon la garita del Zapote, con lo mejor de las tropas insurgentes, auxiliados indirectamente por Morelos, quien atrajo a los sitiados con un falso ataque por rumbo diverso.

Pero la brusca llegada de los refuerzos realistas cambió el aspecto de la acción, y el importante punto del Zapote fue perdido, recuperado y vuelto a perder, con graves daños para los insurgentes, mientras que el ejército del norte entraba íntegro en Valladolid, con gran alegría de sus defensores, ya próximos a sucumbir.

Al día siguiente dispuso Matamoros un alarde de tropas, extendiendo frente a la ciudad toda su infantería en líneas largas y débiles y agrupando la caballería a retaguardia.

Por la noche tuvo lugar el suceso que cortó la carrera militar de Morelos del modo más imprevisto. Designado Iturbide para practicar un reconocimiento, se acercó a sus enemigos, amparado por la obscuridad, con una fuerza que no llegaba a 400 hombres, formada por los fieles del Potosí y parte del batallón de la Corona. Sin atenerse a las órdenes recibidas, concibió Iturbide un golpe de audacia, y decidió sorprender a los insurgentes en su mismo campamento de las lomas de Santa María, sin que lo detuvieran los obstáculos naturales ni la deficiencia del número de sus hombres, ni los 26 cañones que defendían el campo enemigo. Con rapidez fulminante, cada caballo con un jinete y un infante a la grupa, ascendió Iturbide hacia la cima fortificada y cayó sobre los independientes desapercibidos.

La confusión, la sorpresa, las sombras nocturnas, el valor de los realistas, igual a su atrevimiento, todo se reunió contra las tropas de Morelos, que combatieron entre ellas mismas, y a pesar de los esfuerzos que para detenerlas y ordenarlas hicieron los principales jefes, abandonaron al fin sus posiciones en completa dispersión.

Se acusa a Morelos de haber huído al principio de la acción, y aunque no es posible conocer clara y precisamente los detalles de un trance tan violento, parece indudable que el generalísimo se retiró del campo con los primeros fugitivos, y tan cerca lo tuvieron los realistas, que estuvo muy próximo a caer muerto o prisionero.

Aunque generalmente se habla de las tropas de Morelos suponiendo que formaban cuerpos relativamente pequeños pero disciplinados, esto es verdad solamente en parte y por comparación con las grandes multitudes que siguieron a Hidalgo en la primera fase de sus campañas. Morelos procuró tener en las filas los contingentes que podía más o menos armar y disciplinar, pero sus esfuerzos estuvieron siempre limitados por la escasez de recursos y la falta de verdaderos cuadros de oficialidad. Sus mejores jefes eran como él mismo, improvisados y sin técnica, y en muy corta proporción logró reducir la anarquía del alzamiento popular, donde se mezclaban los patriotas con los más variados elementos de ocasión que a veces llegaban a los límites del bandidaje. Esta situación, que debería agravarse con las primeras derrotas y conducir a la decadencia y la ruina de los ejércitos del sur, se acusa en dos documentos que corresponden a los días próximos al fracaso frente a Valladolid.

Un decreto de Morelos de 9 de diciembre dice: "Como el soldado cuando está armado y vestido induce más respeto al enemigo y él mismo se persuade de que trae el signo de la valentía a que debe corresponder; pero con todo, es cosa frecuente en nuestros ejércitos encontrar hombres desnudos y desarmados, porque sus vicios los obligan a vender las armas y la ropa, y como no hay otro arbitrio para evitar este daño que las frecuentes revistas, estas deben hacerse los lunes de todas las semanas."

A pesar de esta disposición y del orden de informar sobre tales revistas a la superioridad, las tropas que se presentaron frente a Valladolid no estaban seguramente tan bien equipadas y ordenadas como hubiera querido su general. En una carta de Morelos, dirigida a Matamoros desde Llano Grande de fecha 20 de diciembre le ordena "reco-
ger el carbón de pino que se haga esta noche... para que llevándolo en costales se pueda moler en Acuitzio mañana, para la tiznada que tenemos dicha, regulando un costal para cada regimiento". Esta rara disposición fue repetida el 22 de diciembre, y aunque parece que no se pudo cumplir, ha dado motivo a muy diversas suposiciones. Unos han dicho que la extraordinaria desigualdad de los varios componentes de sus fuerzas llevaron a Morelos a idear este modo de uniformarlos.

Otros han creído que se pretendía hacer a los soldados menos visibles en un ataque nocturno o provocar el terror entre los enemigos por este sistema rudimentario, o finalmente un indicio de trastornos mentales en Morelos, que marcan por coincidencia el principio de sus peores fracasos militares y políticos, en los cuales hay actos difíciles de explicar.

De otro carácter, pero también desconcertante, es el texto de la intimación enviada a la guarnición de Valladolid, que Bustamente atribuye al pésimo gusto literario de Rosáinz.

Con razón se ha hecho notar el contraste entre los preparativos para la ocupación de Oaxaca, la nota que exigía la rendición de la plaza en seco estilo militar y el éxito fulminante del asalto, con los antecedentes inmediatos y el desastre de Valladolid. Solamente para que se compruebe la diferencia que hay entre el estilo y el carácter de Morelos y los rasgos que se revelan en la intimación de Morelia, vale la pena de reproducirla:

“Aquellas armas a cuyo estruendo se rinden las ciudades y abaten las fortalezas, se ven ya en derredor de las fortalezas de Michoacán. Los ojos de mis soldados centellean de coraje y a la vista de las hechuras de Trujillo se enciende en ellos el ardor de la batalla... No quedará cabeza sobre los hombros y las plazas y calles serán regadas con negra sangre de cuantos temerarios se opongan a su impulso. Esa hermosa ciudad será el teatro del horror y sus casas transformadas en muladeras inmundos, si no se rinde a discreción dentro de tres horas. Horrores propios de la guerra... sensible para el blando corazón americano, ajenos de esta provincia, cuna de la libertad y sensibles para mí, que en ella vi la luz primera; obra la humanidad alguna vez, y en esta guerra desastrosa, en que por parte del gobierno español se ha hollado tantas veces el derecho augusto del hombre, dígase en la historia que hay peninsulano a quien las vidas de sus semejantes, la miseria de las familias y el desastre de las poblaciones no le es objeto frío e indiferente, persuadido que la águila del Anáhuac, así como despedaza a los viboreznos, que altaneros se oponen a su vuelo, toma bajo sus alas a los que unidos por la religión se uniforman en las ideas...”

El distinguido historiógrafo don Nicolás Rangel, que realizó importantes hallazgos trabajando en los archivos, publicó entre otros un documento titulado “Rudimentos Militares”, firmado por Morelos en el campo de Tlacotepec el 21 de noviembre de 1813. Según el señor Rangel, este documento confirma la versión ya conocida, especialmente por las afirmaciones de don Carlos María de Bustamante, res-

pecto a la preparación técnica militar del caudillo. En efecto, Bustamante en su *Elogio histórico* publicado en 1822, expresó que en el año de 1809 Morelos había tenido participación en la conjuración de Valladolid y desde entonces se dedicó a estudiar el arte de fortificarse en su mismo curato.

Sobre estos puntos, los interrogatorios formulados en el proceso militar fueron omisos, pero don Nicolás Rangel supone que Morelos pudo consultar las obras militares que seguramente usaban los oficiales del regimiento provincial de Valladolid y hasta cita los títulos de algunos libros que fueron traídos a México por los hijos del intendente Riaño, tenientes veteranos de granaderos, como son las *Reflexiones militares*, por el marqués de Santa Cruz, y las *Máximas para la guerra*, del marqués de la Mina. Sin embargo, los "Rudimentos Militares" que redactó Morelos para que se leyieran a los reclutas a manera de instrucción, no indican conocimientos propiamente de técnica militar científica, sino sugerencias propiamente prácticas y de acuerdo más bien con el carácter intuitivo y popular de un hombre que hizo la guerra apegándose a la realidad mexicana. De todos modos, el documento es interesante y pintoresco y vale la pena reproducir los siguientes fragmentos:

"*Rudimentos Militares*.—Los gachupines en todos tiempos se han empeñado en abatir a los americanos hasta tenerlos por brutos, incapaces de tener constitución, y hasta de las aguas del bautismo, y por consiguiente inútiles a la Iglesia y al Estado; pero yo veo lo contrario, sobresalientes a los Eclesiásticos, Jueces Letrados, Artesanos, Agricultores y lo que es del caso Militares.

"En el tiempo de tres años y meses he palpado y todos lo han visto que los Americanos son militares por naturaleza y se puede asegurar sin engaño que por lo menos en el Ejército de mi mando cualquier soldado veterano puede suplir la Cátedra de general. Las reglas que yo había leído en los autores, he tenido que ilustrarlas con las que ellos naturalmente practican.

"Yo veo con gran complacencia marchar en los caminos a mis soldados reunidos en formación, y preparados como si actualmente fueran a dar batalla. Si descubren al enemigo toman la mejor posición; no empeñan acción, en la que no puedan salir victoriosos; no fijan sus pies en sitio que no esté abastecido de agua, víveres y escala de retirada.

"Acabó ya aquella algarabía y confusión del año 810, ya no se oye otra voz que la de los Jefes que mandan. Los Soldados cazadores saben muy que su oficio es tirar a los oficiales enemigos: dígalos (Soto en Izúcar, Michelena en Tenango, García en Tasco, y los ridiculos generales europeos en sus fugas).

"¿Quién no ha visto a nuestros Cirujanos prevenidos con las anguilas e hilas, en la segunda línea para conducir a los heridos y muertos? ¿Los Capellanes en la misma absolviendo moribundos en medio de las balas, sin distinción de amigo o enemigo? (Gutiérrez en Orizaba y Acapulco, y Valdivieso en Juquila) ¿Pero qué diremos al ver una compañía destinada en cada regimiento, y un regimiento en cada ejército para evitar el desorden y el saqueo de los reclutas? ¿Quién pudiera reducir a un punto de vista los muchos y diferentes recintos en donde mis soldados sin necesidad de Cuartel Maestre general han trazado sus campos, y hecho fortificaciones en diversas, pero hermosas figuras, que el enemigo no se ha atrevido a acometer? Yo lo he visto. Yo mismo he dado la orden al primer Soldado u Oficial, que se me presenta hasta la edad de once años, para acampar un ejército. Yo mismo lo he admirado, y rectamente he sacado la consecuencia. Luego si un Indito de Cuarácuaro, sin letras, de edad de once años (Almonte) campa mejor que los gachupines: este Indito sin duda y cualquier soldado americano, es mejor militar que el mejor gachupín.

"Para instrucción de los reclutas, mando a todos los Generales y Comandantes de divisiones y plazas, hagan leer dos veces a la semana estas reflexiones, con energética explicación a cada cuerpo y compañía, y de su cumplimiento me den inmediato aviso, transcribiéndola en el cuaderno peculiar, de ordenanzas que cada uno debe tener."

La cuarta campaña, apenas comenzada, terminó así prácticamente, pues el combate de Puruarán, donde los insurgentes ofrecieron resistencia por última vez, sólo fue la iniciación de una batalla y se resolvió en una nueva y formidable derrota. No podía ser de otro modo, pues el descalabro de Valladolid, la sorpresa de las lomas de Santa María, la activa persecución de Iturbide, la dispersión y el pánico, tenían que debilitar a los insurgentes hasta hacerlos incapaces de medirse con los enardecidos y triunfantes realistas.

La conducta personal de Morelos no aparece bien definida en estas trágicas ocasiones. Ya sabemos que frente a Valladolid encargó a Matamoros las operaciones, aunque sin dejar el mando, y que después abandonó precipitadamente el lugar del peligro, contra sus cos-

tumbres y antecedentes. En Puruarán, antes de que la acción se iniciara, volvió a descargar sobre Matamoros la responsabilidad del mando directo, y sin esperar el principio del encuentro, se retiró a varias leguas del campo de batalla.

El valor personal de Morelos tiene auténticas comprobaciones anteriores y posteriores a Santa María y Puruarán, y sólo un desfallecimiento, un eclipse de su energía, una debilidad propia de todo ser humano podría explicarnos esta actitud del caudillo.

No es inverosímil suponer que en su conducta tuvieran influencia los subalternos y admiradores fanáticos que lo rodeaban. El desastre podría explicarse por esta nota del memorialista anónimo: "1814. Enero, 4. El cura Morelos, obligado por los suyos, sale de Puruarán para la hacienda de Santa Lucía."

Esta misma opinión ha sido expresada más ampliamente diciendo que en vez de proseguir su marcha retrógrada y de esquivar por entonces todo encuentro hasta lograr que el ánimo de sus soldados hubiese recobrado la serenidad, decidió Morelos aventurar nuevo choque forzándoles a combatir. Casi todos los jefes del ejército independiente manifestaron los inconvenientes de presentar otra batalla, pero Morelos reiteró la orden.

Todavía algunas horas antes de que se avistase el cuerpo del ejército de Llano, el general don Ramón Rayón instaba a Matamoros a retirarse o a elegir mejor posición para resistir a los realistas, pero este último, a pesar de convenir en todo lo que se le manifestaba, contestaba que a él sólo tocaba obedecer las órdenes que había recibido del generalísimo. Este, entretanto, se había alejado del que iba a ser campo de batalla: le dijeron sus consejeros que el alto cargo militar y el de jefe de gobierno que se reunían en su persona no le permitían exponerse en aquel choque decisivo, y él tuvo la debilidad de escucharlos. "Sus aduladores, dice con este motivo Bustamante, tanto hicieron y ponderaron la necesidad de que no se expusiese, que al fin recabaron su consentimiento y lo hicieron marchar a la Hacienda de Santa Lucía, distante de allí seis leguas. ¡Tanto puede la adulación y tanto adormece a los hombres elevados a grandes puestos!"

De cualquier modo, el fracaso fue completo y sin gloria. Las tropas reunidas con tanto trabajo, en violenta dispersión; el material de guerra tan lenta y laboriosamente acumulado, en las manos enemigas; el prestigio militar, mancillado; los jefes y soldados realistas, impe-

tuosos y fortalecidos por la rápida victoria, y como desgracia máxima, Matamoros prisionero y destinado inexorablemente al cadalso. En vano ofreció Morelos al virrey, para salvar a su glorioso lugarteniente, entregar en canje más de 200 prisioneros españoles.

La proposición de Morelos a Calleja decía así:

"Excmo. señor:

"En más de tres años de guerra, sin embargo de que por parte de ese Gobierno se han infringido de un modo escandaloso los derechos sagrados de gentes, incendiando los Pueblos y ruinas de los inocentes, matando a los rendidos y fusilando sin discreción a casi todos los prisioneros, yo firme en mis principios, he usado de indulgencia con cuantos se han tomado en las muchas batallas que se han dado con mis tropas, como lo atestiguan el Palmar, Oaxaca, Acapulco y otros lugares.

"La suerte de la guerra ha puesto a disposición de V. E. a mi Teniente General el Sr. D. Mariano Matamoros, y las obligaciones que con la Nación he contraído me deciden a oficiar a V. E. por primera vez ofreciéndole en canje 200 prisioneros españoles, esperando de pronto la resolución de V. E. para que se contrate el lugar del canje en caso de que condescienda.

"Dios guarde a V. E. muchos años.

"Cuartel generalísimo en Coyuca. 24 de Enero de 1814."

Todo fue inútil. Matamoros fue fusilado en Valladolid, después de un juicio sumario.

Aparte de las complicaciones políticas que el desastre causó entre los independientes, las solas consecuencias militares fueron tales, que la Revolución de Independencia pareció finalizar con un terrible fracaso, y así lo llegaron a creer con justicia el virrey y los amigos de la dominación española.

Después de Puruarán, la campaña no fue más que una gran persecución, dirigida con especial encarnizamiento contra Morelos y los pocos hombres que lo seguían. Los cuerpos de observación apostados por Calleja invadieron fácilmente la región del sur. Fue recuperada Oaxaca por las fuerzas reales al mando de Alvarez, y Acapulco, por las tropas de Armijo. Las milicias españolas de Guatemala pasaron la frontera y entraron en el territorio de la Nueva España por Tehuantepec. Morelos, obligado a huir de cada una de las plazas que poco tiempo antes dominaba, no tenía ya consigo más que los 100 hombres de su escolta personal.

Y la furia de Calleja no cejaba. Vease cómo perseguía a su adversario:

“(Carta Reservada del Virrey Calleja al Ministro de la Guerra.)
“Ex(c)mo. Sr.:

“En mi carta anterior reservada Nº 21 de 5 de Octubre último, de mi parte a V. E. del estado en que se hallaba este Reyno en aquella fecha, y los temores que me inspiraban los movimientos de Morelos, quien con sus principales caudillos Matamoros, Galeana, Bravo y otros, y un gran cuerpo de tropas que había reunido disciplinado y habilitado en los países mortíferos de la Costa con las armas y artillería que encontró en la fortaleza de Acapulco y con las que según se ha sabido posteriormente adquirió de los Estados Unidos de América, abrió la campaña por medio de marchas precipitadas que sólo los bandidos pueden ejecutar, apareciéndose entre Orizaba y Puebla, con el plan de tomar esta ciudad . . .”

“La derrota ha puesto (¿fin?) por ahora a los atrevidos proyectos de Morelos y a las esperanzas de sus secuaces según se impondrá V. E. por las adjuntas gacetas números 506 y 515 que le acompañó con la ventaja de esta última de haber hecho prisionero entre otros individuos de graduación al cura Matamoros que era en lo militar el brazo fuerte de Morelos.

“No satisfecho con esta presa aspiro a la de Morelos bien persuadido de que si la consigo se suspendan por mucho tiempo las reuniones y maquinaciones que es capaz de abortar el espíritu verdaderamente revolucionario y emprendedor de este Eclesiástico.”

Por su parte, Morelos no se daba por vencido. En estos días dirigió a don Andrés Quintana Roo la siguiente nota:

“Exemo. Sr.: Es preciso llevar con paciencia las adversidades. Acompaño a V. E. copia del oficio-orden que despacho al Coronel Don Victor Bravo, para que mitiguen en parte los ciudadanos, no porque yo sea capaz de quitarlos. Consultando a la mayor seguridad y economía, perderé mañana domingo en preparar los mejores lugares de Tepatitlán, para cuño y maestranza, pues no podemos estar ocho días sin estas oficinas; pero el lunes *Deo dante* seguiré a alcanzar el ejército, y a que nos veamos *quam primun* . . . La premura de tiempo no me permite extenderme a más; y si no fuera arrogancia, añadiría que aún ha quedado un pedazo de Morelos y Dios entero.”